



1917-2017 Centenario de la Revolución Rusa. El Revisionismo necesario

RESUMEN

Con motivo del centenario de la Revolución de octubre de 1917, el presidente ruso Vladimir Putin, presidió un Homenaje en tono templado y crítico con el fin de convocar a la reconciliación nacional y la reflexión histórica. Sin embargo, tanto en la Federación Rusa como en otras latitudes, el aniversario reanudó el debate en torno al primer experimento socialista del siglo XX, sobre sus detonantes y repercusiones.

Palabras Clave

Revolución de Octubre, Zarismo, Bolchevismo, Socialismo, Primera Guerra Mundial.

Abstract

On the occasion of centenary in reference to the October revolution of 1917, Russian President Vladimir Putin, presided over a tribute in a temperate and critical tone in order to call for national reconciliation and historical reflection. Nevertheless, both in the Russian Federation as other latitudes, the anniversary resumed the debate around to the first socialist experiment of the twentieth century, about triggers and repercussions.

Key Words

October Revolution, Tsarism, Bolshevism, Socialism, First World War.

El 7 de noviembre de 2017 –pero 25 de octubre según el calendario juliano que antes regía al Imperio Ruso en contraposición al calendario gregoriano de origen papal y católico– se conmemoró en la Federación Rusa el centésimo aniversario de la Revolución bolchevique que hizo posible la transición de la autocracia zarista a la dictadura del proletariado. Ya desde el pasado mes de diciembre de 2016, el presidente Vladimir Putin, hizo saber que no habría una celebración fastuosa, que tendría un perfil discreto, que “discurriera en un ambiente de unidad” y que la remembranza correría a cargo de la Sociedad Rusa de Historia (SRH), que su vez, presidiría un comité organizativo incluyente y plural, que abarcara representantes del gobierno federal, de los distritos y regiones, de la iniciativa privada, de los medios



informativos, del ambiente artístico y cultural, así como de la Iglesia ortodoxa, desde críticos hasta apologistas.

En un tono ponderado, según el titular de la SRH y responsable del Servicio de Espionaje Exterior, Serguéi Narishkin, el propósito sería “crear las condiciones necesarias para reflexionar sobre las lecciones históricas de aquellos acontecimientos de hace un siglo. Hay que recordar sin pasiones a los vencedores y a las víctimas, porque tanto los unos como los otros tenían su verdad.” Aunque bien podría interpretarse como un llamado a la reconciliación nacional, como responsable de los servicios de inteligencia en el extranjero, Narishkin también buscaba desacreditar el trasfondo legítimo del movimiento Maidán que sacudió Ucrania y las cancillerías europeas por ejemplo entre 2013 y 2014, al denunciar la importación de “las llamadas tecnologías revolucionarias y otras ‘revoluciones de colores’ que siempre dejan tras de sí sangre, muerte de ciudadanos, destrucción y desgracia para los países que fueron víctimas de semejantes experimentos.” (Bonet, 2017a)

A decir del historiador y encargado de la Asociación de Investigadores de la Sociedad Rusa (AIRO-XXI), Guennadi Bordiugov, a cien años del evento, prevalecen sentimientos encontrados:

“En la Unión Soviética cada décimo aniversario de la Revolución de 1917 se conjugaba con una gran meta. Tras el primer decenio se aprobó un plan quinquenal, que permitió realizar la modernización industrial prácticamente en un salto. En 1937, se organizó una purga masiva y se procedió a liquidar los ‘elementos’ que alteraban la homogeneidad política y social, es decir, los obstáculos para formar una sociedad ‘correcta’. Otros aniversarios se asociaron a avances en el cosmos, proyectos de la reforma económica radical, la creación de un Estado popular y la formación del ‘pueblo soviético’. En la *Perestroika*, el 70 aniversario se asoció a la renovación del socialismo. Pero los líderes de la nueva Rusia abandonaron la memoria de la Revolución, tras sufrir ellos mismos la oleada revolucionaria entre 1991 y 1993 y vencer en los comicios presidenciales de 1996 con dinero de los oligarcas. A partir de 2005, Rusia festeja el 4 de noviembre, el ‘el día de la unidad popular’, en sustitución del 7 de noviembre, la fiesta de la revolución. El único punto de apoyo espiritual común intergeneracional ha pasado a ser el 9 de mayo, día en el que Rusia conmemora la victoria en la Segunda Guerra Mundial. Esa fecha ha pasado a ser el nuevo 7 de noviembre.” (Bordiugov, 2017)

Aquí es donde cabe preguntarse, ¿a qué se debe dicho sincretismo?, ¿cómo se pretende armonizar la indiferencia, la nostalgia y el revisionismo entre las nuevas y las viejas generaciones?, ¿cómo reconstruir un nuevo relato oficial?, ¿cuáles son los puntos más álgidos de la Revolución de Octubre que enfrenta tanto a especialistas como a partidos políticos y grupos cívicos?, ¿cuáles fueron sus detonantes y repercusiones? Pero, sobre todo, ¿qué clase de sociedad produjo y a qué costo? Aunque no es menester del presente artículo abarcar todas las controversias que ha suscitado el centenario, vale la pena examinar algunas de ellas. Por ejemplo, ¿estuvo la banca internacional detrás de los descalabros rusos contra las fuerzas japonesas a comienzos de 1905 en las proximidades de Mukden, Manchuria y en el estrecho de



Tsushima a finales de mayo y que desembocaron en movilizaciones generalizadas contra el zar Nicolás II, preludiando la Revolución de Octubre doce años después?, ¿recibió Vladimir Ilich Uliánov (Lenin) dinero y apoyo logístico del *káiser* Guillermo II de Alemania en plena guerra mundial contra el Imperio Ruso?, ¿fue Lenin un agente enviado por Berlín para debilitar a la Entente?, ¿contó el primer Estado socialista del siglo XX con patrocinadores imperialistas?.

Según Antonio Pérez Omister, los *progroms* contra la comunidad judía en Odesa y otras ciudades que contaron con el beneplácito de las autoridades rusas a fin de reprimir a los “enemigos” del régimen y del clero ortodoxo a partir de 1821, le acarrearón poderosos enemigos a Moscú en los altos círculos financieros en el extranjero:

“Sabemos que durante la guerra de Crimea (1853-1856) [que enfrentó al zar Nicolás I contra una alianza anglo-francesa en auxilio del Imperio Otomano en el Mar Negro] James Rothschild se ofreció muy gentilmente para su financiación y que la emperatriz Eugenia de Montijo intercedió en su favor para convencer emperador francés Napoleón III. Gracias a esto, Rothschild consiguió un doble objetivo: accedió al consejo de administración del Banco de Francia, y logró infligir un serio revés al zar, considerado ya entonces el tiránico opresor de los judíos...Más tarde, la élite financiera judía logró aislar diplomáticamente a Rusia, mientras, a través de la banca Kuhn-Loeb y Cía. de New York, cuyo jefe era Jacob Schiff, agente de Rothschild, financió al Japón en 1905 y se ocupó de que el resto de los banqueros del sindicato internacional no concediesen créditos a Rusia para seguir adelante con la guerra [ruso-japonesa por el predominio de Manchuria y la península coreana], lo que provocó la derrota rusa y la consiguiente revolución que se desató en 1905...Aquella línea de crédito abierta por la banca judía al Japón le sirvió para modernizar su Ejército y su Armada, cuyo expansionismo culminaría con la invasión de China en 1937, y posteriormente, con su intervención en la Segunda Guerra Mundial contra Estados Unidos y Gran Bretaña, los mismos países que le habían financiado a partir de 1905 para vencer a los rusos...” (Pérez Omister, 2010)

En efecto, mientras en diciembre de 1905 el zar ahogaba los levantamientos populares en el Báltico, el Cáucaso y Moscú con un saldo de más de mil insurrectos asesinados tal como lo hiciese el 9 de enero en la capital rusa, al tiempo que obtenía un puente crediticio por 2,250 millones de francos por parte de Francia a quién consideraba “la caja” (Meyer, 1997), el banquero y filántropo, Jacob Henry Schiff, celebraba su victoria sobre el Nicolás II, luego de declararle la guerra apoyando la causa nipona con maniobras especulativas. Aunque alemán de nacimiento y establecido en Nueva York, Schiff –quién acostumbraba recitar todos los viernes en hebreo en su residencia de cuatro niveles en la Quinta Avenida cuando se reunía a cenar con las familias Loeb y Warburg- se solidarizó con los judíos rusos maltratados por Moscú a quienes también gustaba ayudar cuando emigraban a los Estados Unidos:

“En esa época, Japón, frustrado por sus conquistas en China, ataca a Rusia. Aunque, para estupor de los europeos y los americanos, el Imperio del Sol Naciente resulta ser una potencia militar moderna, no puede vencer al ejército zarista sin comprar armas. Entonces, Schiff acepta



organizar para él un colosal empréstito de 200 millones de dólares. Obtiene el apoyo de los Warburg y los Morgan. La colocación es difícil, pero Jacob lo logra. En el mismo momento, se niega a participar en un préstamo organizado en Wall Street por cuenta de Francia, porque teme que, en definitiva, ese dinero vaya a manos rusas: en esa época Rusia toma muchos préstamos en París. La ira rusa contra los financistas norteamericanos no hace más que agravar los progromos. El 11 de julio de 1905, cuando la guerra se inclina a su favor, Japón lanza en Londres un nuevo empréstito de 30 millones de libras esterlinas. Kuhn Loeb, en Nueva York, y la casa Warburg, en Hamburgo, lo colocan en varios otros bancos. Esta vez, la demanda es diez veces superior a la oferta: la suerte de las armas ya no provoca ninguna duda. Pronto, la victoria del Japón es total; el Tratado de Portsmouth le concede derechos en Manchuria y una parte de Sajalín, concesiones en China y un protectorado sobre Corea. Max Warburg y Jacob Schiff se convierten entonces en los financistas titulares de Japón. Schiff efectúa incluso un viaje triunfante al archipiélago, para gran furor de los rusos.” (Attali, 2011)

Pese a ello, la autocracia zarista logra conjurar el alzamiento de buena parte del espectro político y social del Imperio Ruso instigado por las humillaciones militares y las olas represivas, desde anarquistas, socialistas y demócratas pro-monárquicos hasta soldados, marinos, intelectuales, obreros y campesinos, así como de las naciones cautivas del núcleo moscovita desde Polonia hasta el Cáucaso, desde católicos hasta musulmanes (Meyer, 1997). Aunque Jacob Schiff continuó patrocinando “organizaciones marxistas rusas” con “generosas donaciones” propias y de sus socios Felix Warburg, Otto Kahn, Mortimer Schiff y Olaf Asxhberg hasta 1916 (Pérez Omister, 2010), otro benefactor inesperado hizo su aparición cuando el *káiser* Guillermo II autorizó el traslado de Lenin a Rusia desde la neutral Suiza, cruzando el territorio alemán hasta Finlandia donde confía encabezar una revolución en plena contienda europea entre la Entente y las Potencias Centrales.

Como en el período 1904-1905, una contienda impopular puso en entredicho los excesos zaristas. La Primera Guerra Mundial será la pérdida de la dinastía Romanov que gobernaba todas las Rusias desde 1613. Moscú que ya tenía cuentas pendientes con Alemania por su abierta injerencia en Constantinopla donde añoraba gestionar los Dardanelos en el Mar Negro y con Austria-Hungría a causa de la absorción de poblaciones eslavas de los Balcanes por el Congreso de Berlín de 1908, decide secundar a Londres y París cuando se produce el magnicidio del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo que detona la *Grande Guerre* de 1914. Confiado, Nicolás II lanza una ofensiva en Prusia oriental en agosto de ese mismo año, pero los alemanes frenan el involucramiento en Tannenberg, próximo a los Lagos Masurianos. Para noviembre, los generales Erich Ludendorff y Paul Hindenburg le arrebatan a los rusos Lituania, Curlandia y Polonia. El Imperio Otomano que ya contendía contra la Entente, invade el Cáucaso y Georgia, pero el avance es frenado en enero de 1915 cuando las fuerzas rusas ingresan a la Armenia turca.

El avance alemán reanuda su paso en mayo y los combates se centran más allá de Galitzia, de Riga a Czernowitz, entonces, los rusos cargan sobre Vilna en marzo de 1916 para aliviar el asedio a Verdún, no



obstante, los germanos frustraron el contraataque. Tres meses después, un contingente austriaco-alemán se anticipa a los generales zaristas y frena su incursión a los Cárpatos. El desabasto de pan y carbón en pleno invierno y los continuos reveses en los campos de batalla europeos, extendieron el descontento en las fábricas y en los cuarteles rusos que desencadenó una revuelta popular en Petrogrado el 27 de febrero de 1917. Presionado, Nicolás II abdica el 15 de marzo y la *Duma* estableció un gobierno provisional de corte liberal y republicano presidido por Alexander Kerensky (Bogdan, 1991; Meyer, 1997). Pero Kerensky continúa apoyando a la Entente y es cuando el *káiser* decide emplear a Lenin como arma estelar:

La Revolución de febrero y la abdicación del zar Nicolás II sorprendieron a Lenin en el exilio en Suiza. Las celebraciones, sin embargo, no duraron demasiado: para Lenin, observar estos acontecimientos desde la distancia no era una opción. Aunque decidido a regresar a Petrogrado, la travesía en una Europa en guerra distaba de estar exenta de complicaciones. Francia, aliada de Rusia en la Primera Guerra Mundial, denegó como el resto de los países de la Entente la autorización, y una travesía por el Mediterráneo para entrar en Rusia por el sur quedaba descartada por ser demasiada larga y peligrosa.

Uno tras otro –disfraces, pasaportes falsos o extranjeros, cruzar ilegalmente todas las fronteras–, todos los planes para llegar hasta Petrogrado se fueron abandonando... El socialdemócrata alemán Alexander Parvus, un personaje controvertido y con numerosos, y en ocasiones turbios, contactos -motivo por el cual Lenin siempre mantuvo una prudente distancia–, sirvió de enlace con el embajador alemán en el Imperio otomano, Hans Freiherr von Wagenheim, quién consiguió la autorización de Berlín y facilitó los recursos para la operación.

Lo que siguió fue una suerte de desafío soterrado entre Lenin y von Wagenheim por ver quién conseguía superar en astucia al otro y aprovecharse de él: mientras el embajador alemán veía a los bolcheviques un instrumento con el que desencadenar el desconcierto en Rusia, y evitar así que el nuevo Gobierno Provisional mantuviese sus compromisos bélicos con los aliados obligando a Alemania a seguir combatiendo en dos frentes, Lenin, por su parte, consideraba la ayuda alemana como un medio para sus propios fines, que eran la revolución socialista en Rusia y su propagación al resto del continente y el mundo.

Por pertenecer a un país neutral, los socialistas suizos fueron los encargados de mediar en las negociaciones entre los bolcheviques y los alemanes, que finalizaron el 4 de abril. El secretario general del Partido Socialista suizo, Fritz Platten, asumió la gran responsabilidad de la operación... El 9 de abril de 1917, a las 15:10 horas, los 32 exiliados rusos subieron a un tren en Zúrich... El tren los condujo hasta el municipio fronterizo de Gottmadingen, donde los esperaba el célebre tren alemán y dos oficiales del país con conocimientos de ruso. Lenin exigió que al tren se le asignase el estatus de extraterritorialidad –los



guardias alemanes no podrían tener acceso a los documentos ni al equipaje de los viajeros– y que nadie pudiese entrar en él una vez comenzase el trayecto (de ahí la leyenda del tren ‘blindado’).” (Ferrero, 2017)

Pese a que Lenin llegó a temer que se les acusara de colaborar con el enemigo, los investigadores Francisco Veiga, Pablo Martín y Juan Sánchez Monroe, vieron en dicha operación un acto de pragmatismo puro, pues “se trataba de desencadenar una revolución internacional que incluso contagiara a los alemanes... Ese era el objetivo de Trotsky durante las conversaciones de paz con ellos en Brest-Litovsk, una vez que los bolcheviques habían tomado el poder y buscaban salir de la guerra. Por lo tanto, ante un fin de ese calibre, el aceptar dinero o apoyo de las futuras víctimas incluso era vista como una astucia ejemplarizante” (Juliá, 2017). En cambio, el historiador Robert Service, sostiene que tanto el patrocinio alemán como el itinerario mismo, al parecer, fueron mucho más decisivos de lo que presuponemos para la Revolución de Octubre, reducido ahora un mero golpe de Estado por el oficialismo ruso (Bonet, 2017a), cuando el “tren sellado” hizo una inexplicable pausa en Berlín que demoró horas el recorrido:

“Las razones de esa parada son al mismo tiempo oscuras y tentadoras... ¿Hubo una reunión secreta en la que Lenin recibió información que le hizo cambiar la estrategia de la revolución? Aunque los eventos de aquella noche en Berlín sólo pueden ser objeto de especulación, no hay duda alguna de que durante el viaje a Berlín a [Petrogrado], Lenin alteró por completo su plan táctico... Ningún historiador –soviético u occidental– ha sido capaz de dar una explicación adecuada sobre esto hasta la fecha. Después del viaje a través de Alemania en el tren sellado hubo un factor que no existía cuando Lenin estaba en Suiza: una gran cantidad de financiación alemana, suficiente para publicar periódicos en toda Rusia y difundir propaganda a una escala que Lenin nunca antes pudo concebir.” (Esparza, 2017)

Tomando en cuenta que lo que se jugaba era la supervivencia del Imperio Alemán, no parece descabellado suponer que se haya suscitado semejante reunión. Y aun cuando no haya sido el caso, según refiere Antonio Pérez Omister, aparentemente, los donativos nunca escasearon para la causa: Lev Davidovich Bronstein, mejor conocido como León Trotsky, estaba “casado con la hija de Gavitovsky uno de los socios menores de los banqueros Warburg, socios y además parientes de Jacob Schiff, de ahí que Trotsky se convierta en el principal revolucionario de 1905. La conexión de Trotsky con la revolución bolchevique se realiza gracias a la mujer de Lenin, Krupsakaya. Tanto peso tenía esta mujer en el movimiento bolchevique que Trotsky señala su trabajo en el exilio. Por supuesto que, del misterioso origen de sus fuentes de financiación, no se dice ni una sola palabra.” De hecho: “Para toda empresa, incluida la implantación del marxismo, se necesita mucho dinero, un dinero que jamás aclararon los líderes del marxismo. Sin dinero e influencias no se puede lograr nada.” (Pérez Omister, 2010)

Sí no, veamos una misiva poco conocida en sus extractos más significativos. Una misiva redactada por el General Emiliano Zapata en Tlaltizapán, Morelos, a propósito del enorme interés que despertó la campaña



de proselitismo emprendida por el general y veterano maderista, Genaro Amezcua, a favor de la causa zapatista en La Habana, Cuba, el 14 de febrero de 1918:

“...veo que ha continuado usted, con actividad y con éxito la ardua labor de propaganda, que la revolución le ha encomendado. Veo también con gusto que en esa tarea es usted eficazmente ayudado por entusiastas e inteligentes colaboradores, que fungen ya como agentes de propaganda. Por los recortes que se sirve adjuntarme, quedo impuesto de la benévola acogida que en la prensa de esa capital han tenido las declaraciones hechas por usted, acerca de las finalidades que perseguimos, lo que es indicio cierto de que la intelectualidad cubana se da cuenta de la importancia de este movimiento regenerador y simpatiza con él abiertamente, al reconocer su indudable justicia. Verdaderamente, celebro que en ese interesante país hermano del nuestro, repercutan vigorosamente y dejen hondas huellas las reivindicaciones gallardamente sostenidas por el pueblo campesino de esta república de México... Mucho ganaríamos, mucho ganaría la humana justicia, si todos los pueblos de nuestra América y todas las naciones de la vieja Europa comprendiesen que la causa del México revolucionario y la causa de la Rusia irredenta, son y representan la causa de la humanidad, el interés supremo de todos los pueblos oprimidos... Mr. Wilson, el presidente de los Estados Unidos, ha tenido razón al rendir homenaje, en ocasión reciente, a la revolución rusa, calificándola de noble esfuerzo por la consecución de las libertades, y sólo sería de desearse que a este propósito recordase y tuviese muy en cuenta la visible analogía, el marcado paralelismo, la absoluta paridad, mejor dicho, que existe entre ese movimiento y la revolución agraria de México... No es de extrañar, por lo mismo, que el proletariado mundial aplauda y admire la revolución rusa, del mismo modo que otorgará toda su adhesión, su simpatía y su apoyo a esta revolución mexicana al darse cabal cuenta de sus fines. Por eso es tan interesante la labor de difusión y de propaganda emprendida por usted en pro de la verdad; por eso deberá acudir a todos los centros y agrupaciones obreras del mundo, para hacerles sentir la imperiosa necesidad de acometer a la vez y de realizar juntamente las dos empresas: educar al pueblo para la lucha y formar la conciencia del campesino... Todo lo que usted haga para obtener la colaboración de los centros obreros de Europa y América, será poco, si se considera la trascendencia de la labor y la magnitud del resultado. Debe usted excitar a estas agrupaciones a que propaguen en sus respectivos países los ideales del agrarismo... Una gira de propaganda por Sudamérica y Europa, sería muy útil a no dudarlo, y ojalá que usted pudiera realizarla, pero para ello sería preciso el apoyo de algún sindicato o corporación obrera de ese país, pues todavía no es posible para la revolución sufragar los gastos consiguientes, si bien todo hace suponer que muy pronto tendrá fondos bastantes.” (López y Cortés, 1987)

La carta no solo da cuenta de la vocación internacionalista que le imprimió el “Caudillo del Sur” al agrarismo mexicano para allegarse de adeptos y aliados más allá del territorio nacional, así como las dificultades financieras que atravesaba su propagación. Es posible que Zapata –al igual que muchos de sus contemporáneos–, no llegase a vislumbrar los componentes especulativos y geopolíticos que abonaron y precipitaron entre 1905 y 1917, la Revolución de Octubre. Pese a los paralelismos que el fundador del Ejército Libertador del Sur observó entre su lucha y la cruzada de Lenin, los primeros ensayos para erigir el primer Estado socialista contaron con dos promotores en apariencia impensables: la banca internacional y



la Alemania imperial. Si bien, existían las condiciones endógenas que contribuyeron a detonar tales movilizaciones, sin las mediaciones del Banco de Francia, Wall Street o la City, así como las diligencias del *káiser* Guillermo II, es probable que Lenin –o cualquiera de sus antecesores o copartícipes más cercanos– hubiese fracasado o acaso demorado en la colosal proeza de refundar la Rusia zarista.

Después de todo, aún con su gloriosa estela de logros en las artes, las ciencias y los deportes, así como su promesa de fundar un “hombre nuevo”, ¿el *homo sovieticus*? (Ferrero, 2012), lo que la Revolución incubó fue un nuevo tipo de capitalismo, un capitalismo “estatizado” y centralizado que se propuso transitar de una sociedad atrasada y cuasi feudal a una utopía futurista sin escalas con un partido único y planes quinquenales, un ejército comprometido con la causa marxista, un proletariado aleccionado, granjas colectivizadas, órganos propagandísticos, un poderoso complejo militar-industrial, hazañas espaciales, juventudes comunistas, universidades e institutos de renombre, así como científicos, literatos, atletas y circenses forjados por el Estado; pero también un Estado-policial, *gulags*, trabajos forzados, deportaciones, hambrunas y purgas (Meyer, 1997).

En opinión de Samir Amin: “En la revolución de 1917, los elementos de revolución socialista (lo que eran los consejos de obreros al comienzo) están inextricablemente mezclados con la revolución burguesa (la revolución campesina, las exigencias democráticas, etc.), lo que se debe al simple hecho de que Rusia no había experimentado una revolución burguesa.

Esto, junto al hecho de que las tareas objetivas de desarrollo de los medios de producción a lo que lógicamente está ligada, quedó pendiente de alcanzarse, lo que explica por qué 1917 no fue el fin. La lucha entre la línea socialista y la línea llamada ‘burguesa’ (el término es engañoso...el término ‘revisionista’ correspondiente a las nuevas fuerzas de clases en ascenso es más apropiado) habría de continuar después de 1917” (Amin, 1985).

Y mientras políticos, activistas y académicos deliberan sobre las motivaciones, alcances y especificidades de la Revolución de Octubre en su centenario, el dirigente del Partido Comunista de la Federación Rusa (PKRF), Guennadi Ziugánov, recordaba a los detractores del soviétismo que la URSS –como “cúspide de la civilización mundial”–, llegó a detentar el 20% de la producción global contra el 3% de la era Putin (Bonet, 2017b).

**FUENTES:**

- Amin, Samir, “¿Es Capitalista la URSS?”, *Nueva Sociedad*, No. 80, Noviembre-Diciembre 1985, en www.nuso.org
- Attali, Jacques, *Los Judíos, el Mundo y el Dinero. Historia Económica del Pueblo Judío*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 2011.
- Bogdan, Henry, *La Historia de los Países del Este*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1991.
- Bonet, Pilar, “Una Revolución Incolora. La Rusia Oficial Conmemora el ‘Golpe de Estado de Octubre’ Evitando Celebrarlo”, en *Babelia*, suplemento cultural de *El País*, 27/II/2017a, en www.elpais.com
- , “Los Comunistas Recuerdan la Revolución Rusa”, *El País*, 8/XI/2017b, en www.elpais.com
- Bordiugov, Guennadi, “La Memoria Cambiante de la Revolución Rusa de 1917”, *El País*, 7/XI/2017, en www.elpais.com
- Esparza, Pablo, “El Épico Viaje en el Tren en el que Lenin Regresó a Rusia para Liderar la Revolución”, *BBC Mundo*, fechado el 9 de abril de 2017, en www.bbc.com
- Ferrero, Ángel, “La Construcción del Hombre Nuevo: De la Revolución de Octubre al Post-Comunismo. Una Perspectiva Histórica”, *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, No. 33, Barcelona, fechado en enero de 2012, en www.webs.ucm.es
- , “Cuando Lenin Cruzó una Europa en Guerra para Iniciar la Revolución de Octubre”, *Público*, fechado el 16 de abril de 2017, en www.publico.es
- Juliá, Miguel Ángel, “Para los Bolcheviques la Revolución de Octubre Nunca Debió Ser ‘Rusa’, Sino Internacional”, *Sputnik*, fechado el 30 de julio de 2017, en <https://mundo.sputniknews.com>
- López, Chantal y Othón Cortés, “Carta de Emiliano Zapata a Genaro Amezcua. Tlaltzapán, Febrero 14, 1918”, *Emiliano Zapata. Cartas*, Ediciones Antorcha, México, D.F., 1987, en www.bibliotecas.tv
- Meyer, Jean, *Rusia y sus Imperios, 1894-1991*, Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigación y Docencia Económicas, México, D.F., 1997.
- Pérez Omister, Antonio, “Los Banqueros ‘Bolcheviques’”, *Siglo XXI*, fechado el 20 de diciembre de 2010, en www.diariosigloxxi.com